

Este primer número de la Colección *Breviarios* al que denominamos *Arte y Libertad* da inicio a la publicación de una serie de libros temáticos cuyo objetivo es favorecer el análisis del arte en relación con otras esferas de la cultura y la política.

Su título expresa la necesidad de recuperar el concepto de libertad que el neoliberalismo instaló como una categoría circunscripta al plano individual, escindiéndola en el discurso de las condiciones históricas que derivaron en el terrorismo de Estado.

Arte y libertad. La libertad como experiencia social e histórica supone la formación de individuos con sentido crítico, capaces de comprender el mundo y sus cambios que al mismo tiempo formen parte de un entramado colectivo. La práctica de la libertad requiere entonces de herramientas que excedan los conocimientos específicos de cada disciplina.

En este contexto la crisis política, económica y jurídica del modelo neoliberal se expresa en el ámbito universitario en la discusión de la Ley de Educación Superior que no puede agotarse en la sustitución de un cuerpo de normas por otro. Aquello que urge debatir es la universidad en su conjunto en el marco de las nuevas instancias de protagonismo y avance social, fenómeno que abarca a varios países del continente.

Por otro lado, el arte. Término que en sus sucesivas mutaciones metaforizó la imagen de Dios, la razón moderna, el ideal de belleza, la subjetividad extrema y que aún hoy se debate en la confrontación de dos modelos. Uno sostiene que el valor del arte consiste en su capacidad de huida que legitima así ese quiebre entre el mundo y el artista -un sujeto especial, diferente y recluso en su interioridad. El otro concibe al arte como un lugar de encuentro entre la razón, la cultura y esa misma subjetividad intrínsecamente atada a las condiciones sociales que le dan entidad.

No se pretende aquí rendir un homenaje a los desaparecidos -ni apropiarse de sus luchas- sino rescatar algunas de las preguntas que aquella generación pudo formular. En todo caso, hay actores sociales que portan esa representatividad macerada en procesos de extraordinaria riqueza. Sin embargo, es válido el intento de resignificar la relación entre el modo de intervención directa que se dieron las dictaduras en la represión de los compañeros más comprometidos con la elaboración de un modelo político cultural alternativo y las implicancias institucionales, teóricas y académicas que acompañaron su aniquilamiento.

Este libro no se ciñe a la historia de una institución en particular, pero el caso de nuestra Unidad Académica vale como ejemplo. En el año '73, docentes y estudiantes discutían la configuración de perfiles profesionales superadores de los heredados de la tradición universalista de las Bellas Artes. A pesar de las limitaciones y los desacuerdos, alumbró un plan de estudios atento al mundo contemporáneo, a Latinoamérica, a la integración de campos disciplinares que contempló ya en la formación de grado la necesidad de que los estudiantes advirtieran que los mecanismos del mercado condicionaban cada vez con más contundencia la integridad ética de quienes elegían al arte y al diseño como profesión. Tal vez la reconstrucción simbólica más clara de ese proyecto se sintetizó en su nombre: Facultad de Artes y Medios

Audiovisuales. En los años iniciales de la formación el plan se integraba en un área básica que desgranaba luego hacia cada orientación.

La respuesta fue feroz. La dictadura militar, además de secuestrar 60 compañeros, cerrar carreras -entre ellas cine, fotografía, pintura mural, canto, guitarra y piano-; eliminar los concursos docentes; prohibir los centros de estudiantes y sus elecciones y arancelar el ingreso volvió a instalar una idea del arte elitista ligada a la belleza, igualmente impoluta y atemporal. Todavía hoy esta institución centenaria lleva el título de Facultad de Bellas Artes.

Algunos de los axiomas que sustentaba el Estado represivo 30 años más tarde siguen en pie, camuflados en un cientificismo pretendidamente neutro y desideologizado. En el seno de sectores progresistas persisten el temor al acceso masivo de los alumnos, los enfoques instrumentales que entienden el arte como una técnica y soslayan su íntima relación con el lenguaje. Imaginan que el ámbito de pertenencia del arte es el de los museos y los actos protocolares negándole entidad como un área específica del conocimiento; subestiman las manifestaciones populares o las restringen a un análisis parcial de la cultura indígena y dejan afuera las producciones urbanas.

La capacidad de dar respuesta a estos interrogantes, la audacia para avanzar en la formulación de proyectos integradores en condiciones de instalar el arte y sus centros educativos en un país socialmente más justo dependen en gran medida de la lectura y la interpretación política de ese pasado y de la recuperación de la integridad propia de los militantes que quedaron en el camino. Cuando fue imposible llevar adelante prácticas políticas explícitas en los peores años de la represión, existieron innumerables prácticas culturales de resistencia. Por ese mismo motivo, la construcción y transferencia de conocimiento son actos esencialmente políticos.

Recuerdo a Irma Zucchi. Era una mujer de una belleza extraña alejada del ideal de las Bellas Artes. Tengo presente cómo acompañaba sus palabras moviendo las manos como en un abrazo. Era una académica rigurosa que no renegaba de su pensamiento político. Fue directora del Bachillerato, luego escenario cruel de la Noche de los lápices. Era profesora de historia. Y una artista. Cuando la mataron le cortaron las manos.

Pero esas sucesivas *mutilaciones* no triunfaron. Estos son días de inquietudes semejantes: repensar la profesión, favorecer la producción de sentido, dirimir en las aulas las tensiones entre lo popular y lo académico, lo regional y lo universal, el pasado y la contemporaneidad. Por eso en la Facultad se acaba de crear el Departamento de estudios histórico-sociales, se convocó a concursos docentes, se abrió el debate para modificar las currículas. Por eso imaginamos esta serie de publicaciones. Sin pretensión fundacional. Con la mirada enriquecida de los compañeros que advirtieron que el arte emerge, entre otras variables, de la práctica política que llevan adelante aquellos que consiguen interpretar su tiempo.

A quienes colaboran en este primer número, nuestro agradecimiento.

---

**Daniel Belinche**

*Licenciado en Música. Docente e investigador.*  
Decano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata.